



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Breves, intensas amistades

Incluso siendo corta, la relación entre dos niños o dos jóvenes deja muchas veces una huella indeleble aunque transcurran los años y los protagonistas no se hayan vuelto a ver nunca más

Acabo de leer de un tirón un hermoso libro de memorias escritas por un para mí desconocido abogado inglés llamado **David Pinsent**, libro titulado *Vacaciones con Wittgenstein*. La acción comienza en 1912, y durará lo que duraron los dos veranos que pasaron juntos. **Pinsent** murió en un accidente aéreo en 1918, y el testimonio de su amistad con **Ludwig Wittgenstein** no se ha publicado hasta ahora.

Por algunas fotografías de la época, creo que debían formar una extraña pareja: **Pinsent** acababa de dejar las matemáticas para estudiar Derecho, y **Wittgenstein** dejó a su vez la ingeniería aeronáutica para dedicarse plenamente a la lógica y a la filosofía, disciplinas en las que alcanzara las cotas más altas y apasionantes de nuestro siglo. Se conocieron en el estudio de su común maestro **Bertrand Russell**, y **Pinsent** recrimina a **Wittgenstein** haber estado bromeando y luego explicando historias siniestras toda la tarde. Al parecer, una de sus pocas aficiones comunes fue la música. También resulta extraño saber que **Pinsent** explica que su amigo le hacía servir de cobaya en los raros y variados experimentos sobre el ritmo que practicaba en el laboratorio de psicología de la Universidad.

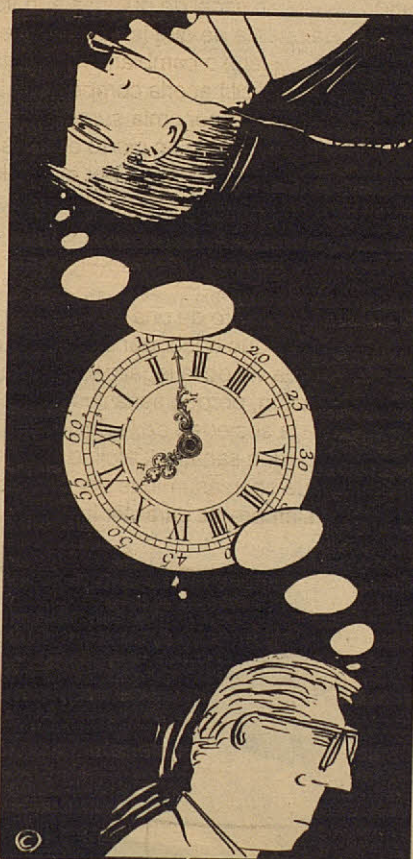
Las primeras vacaciones que pasaron juntos fueron en Islandia: **Wittgenstein** lo propone, lo organiza y lo paga todo. En las veladas islandesas confesó a **Pinsent** que en los últimos nueve años había sufrido una terrible sensación de soledad, que pensaba continuamente en el suicidio y que se sentía avergonzado por no haberse quitado la vida. Tan diversos caracteres no impiden que el siguiente verano viajen ambos a Noruega: la alegre y bondadosa personalidad de **Pinsent** fue puesta a dura prueba a causa de la torva y lunática mente de su amigo, que está decidido a retirarse a un fiordo a trabajar sin ver a nadie ni ser molestado por nadie. Después, nunca se

volvieron a ver: la Primera Guerra Mundial se llevó a **Wittgenstein** al frente austriaco y **Pinsent** murió en accidente de aviación el año en que terminó la contienda. Dos veranos, pero qué memoria de amigo la de **David Pinsent**. **Ludwig Wittgenstein** no leyó las memorias de **Pinsent**, pero al conocer su muerte escribió: "Fue mi primer amigo", y como homenaje y memoria le dedicó el *Tractatus philosophicus* y visitó varias veces a **Hester**, la hermana de su amigo **David**.

Del memorialista y hombre de leyes admiran al lector su sobriedad, su franqueza, su ausencia de protagonismo y la enorme admiración y comprensión de la obra y el carácter de **Wittgenstein**, con lo que la personalidad y la calidad humana se agigantan a medida que se avanza en la lectura de sus *Vacaciones con Wittgenstein*.

Repito que el libro me emocionó por su ternura, calidad y sinceridad. Pero eso de las amistades juveniles —como es el caso, ya que ambos debían andar, cuando transcurren las memorias, por los 21 o 22 años— es extrapolable también a las amistades infantiles, aunque sean cortas. Escribo esto porque hará unas semanas recibí una carta de **Josepa Pons**, mujer de mi buen amigo **Maties Solé**, el restaurador de las murallas de Montblanc y de otras muchas joyas arquitectónicas. **Josepa** me mandó un escrito titulado *Dos desconocidos*, que firmaba un colega suyo llamado **Josep Alegre**, farmacéutico como ella. ¡Gran Dios, claro que acertó al escribirme! "Creo que te gustará leerlo."

Vaya por delante que, ni loco, me comparo a **Wittgenstein**, ni hago lo propio con **Alegre** y **Pinsent**. Pero le dejo la palabra a **Josep Alegre**. Cuenta que, después de cenar, prendió el televisor y vio mi nombre en un rótulo que aparecía al pie de mi figura. "Hace tantos años que no le había visto, que si no sale su nombre no le hubiera reconocido." Sí, muchos años, 54



nada menos. Fue durante la Guerra Civil, y su familia y la mía vivíamos en Viladrau, en la falda del Montseny. Sigue: "Y éramos buenos amigos... Debíamos tener diez años cuando jugábamos por las calles de Viladrau a indios y vaqueros, a buenos y malos, cuando hacíamos guerras con castañas bordes, cuando hacíamos carreras de caballos sin caballos, cuando lanzábamos piedras... Al ver en la pantalla a José Agustín, mi cabeza realizó una carrera por el túnel del tiempo y rememoró los años de la guerra civil y la tragedia que pude ver aquel mes de marzo de 1938." Cuenta que su familia y la mía vivíamos cerca, que se podía ir de una casa a la

otra sin pasar por el pueblo, siguiendo la carretera de Espinelves.

La familia **Alegre** creo que la componían tres o cuatro chicos y dos o tres chicas. Yo jugaba con todos, pero mi amigo era **Josep**. Él cuenta luego el día en que su madre y la mía fueron a Barcelona: "José Agustín y yo fuimos a despedirlas cuando tomaron el coche de línea que las llevaría a la estación de ferrocarril de Balenyà, que era donde tomaban el tren para ir a Barcelona." Las dos mujeres, al llegar a la Ciudad Condal, se separaron y quedaron en encontrarse por la tarde para volver a Viladrau, pero al poco de ir cada una por su camino "se oyó el ulular de las sirenas y comenzó el estallido de las bombas". Mi madre no acudió a la cita en la estación para el retorno, y alguien le dijo a la señora **Alegre** lo que había ocurrido.

"Por la noche, al llegar a casa, mi madre me dijo que José Agustín, el Coyote le llamábamos en la pandilla, ya no tenía madre, que una bomba... Difícilmente olvidaré aquella noche, a pesar de que el tiempo hace olvidar muchas cosas. Aunque los años hayan hecho de mí y de José Agustín dos perfectos desconocidos."

Josep Alegre, haré lo posible por dar con tu paradero y te iré a saludar, a decirte que dos años de amistad infantil o juvenil no se borran, como no se borró la amistad, también de dos años, de los jóvenes **David Pinsent** y **Ludwig Wittgenstein**. ¡Ah! y agradezco que me presentes como un niño normalmente travieso. Yo era mucho peor, sobre todo a partir de la muerte de mi madre: me convertí en un muchacho salvaje y agresivo que robaba fruta, verdura, patatas, castañas, algarrobas, todo lo que podía llevar a una casa desolada, con mi padre gravemente enfermo, dos hermanos menores y una hermana que nos cuidaba a todos. Robaba porque los payeses no querían el dinero de la República, y joyas y relojes se habían terminado ya en mi casa.